

EL HETEROSEXISMO Y LA DICOTOMIA DEL PATRIARCADO TARDÍO

Eduardo E. Saxe Fernández

Director

Departamento de Filosofía

Conferencia Inaugural

Costa Rica

I

En esta conferencia voy a discutir, suscintamente, el aspecto central de la problemática que enfrenta una filosofía del género en nuestra contemporaneidad, una filosofía para abrir un futuro viable durante la primera etapa del próximo milenio. El tratamiento será por consiguiente introductorio y general. Busco discutir la relación entre el heterosexismo y los peligros ontológicos termonuclear y ecosocial, en tanto función de la dicotomía excluyente entre heterosexualismo-homosexualismo, característica condicionante central de «lo genérico» durante el momento tardío del patriarcado.

No entenderemos el actual patriarcado tardío (*Spatpatriarchalismus*) y su conceptualización del género, si no lo contrastamos con el patriarcado clásico y con su forma de articular lo genérico. El clasicismo apareció en sociedades y culturas diversas, pero nos resulta crucial, considerarlo en la tradición antecedente de la civilización y cultura hegemónica actual: el patriarcado «occidental», «eurocéntrico-estadounidense» y «capitalista cristiano». Ese antecedente se encuentra por supuesto en el mundo heleno y posteriormente romano, y se articula, modificado con un refuerzo cristalizador (en sentido psicoanalítico) de/en la civilización cristiano/judaica (budista, confuciana, islámica, en los otros centros civilizacionales) -que lo proyecta quince siglos hasta su crisis entre nosotros. El patriarcado clásico surge en la antigua Hélade y empieza a terminar, en unas dimensiones ya con el mismo albor de la modernidad, en otras dimensiones a partir de las revoluciones burguesas e industriales y, según todavía unas

terceras dimensiones, la identificación entre género y sexo se produce sobre todo con el hegemonismo británico a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Durante esta época clásica del patriarcado, el género no se define *exclusivamente* por el objeto al que se dirige la acción genérica, ni tampoco se define al género exclusivamente porque tenga un componente o constituyente sexual. En el patriarcado clásico el género, en primer término por supuesto la masculinidad, se definía por una condición subjetiva y ontológica, de *agente activo*. En el caso de la femeneidad, esa condición ontológica y subjetiva es de pasividad, de receptividad, *agente (o agencia) objetivado/a*. La masculinidad se practica e impone activamente sobre todo el conjunto de la realidad, mientras que la femeneidad es la pasión de esa realidad por el activo agente. En esa realidad sobre la que el macho actúa, domina y posee, por ejemplo en el ámbito de la erótica, aparecen diferentes apetitos, incluyendo el apetito sexual, que se puede satisfacer con seres humanos, con animales, o con cosas. Estos objetos del eros padecido por el sujeto masculino, a su vez pueden tener o no órganos genitales, y tales órganos pueden ser, ya femeninos, ya masculinos.

Se trata de un patriarcalismo que ha sido idealizado y por tanto clasicizado, donde el género se articulaba en la administración de la violencia y la culpa dentro de un régimen histórico de recursos ilimitados que no se dominaban científica y tecnológicamente, sino metafísica y técnicamente (2). Esta dinámica de dominación se articulaba en torno a la concentración y control del poder político militar y la riqueza. Un grupo privilegiado de varones hegemonizaba la riqueza y el poder político-militar, y los varones adultos libres hegemonizaban el placer sobre todo objeto erótico.

No existía consecuentemente la focalización del objeto erótico en la heterosexualidad exclusiva o heterosexismo, característica central del patriarcado tardío actual. En el patriarcado de hoy las categorías «hombre» y «mujer» se construyen socialmente mediante la supresión de las similitudes naturales. Los hombres deben reprimir sus rasgos femeninos, las mujeres sus rasgos masculinos. La división social del trabajo por sexo genera esa oposición entre hombres y mujeres. Con esto se exacerban las diferencias biológicas y se convierte a mujeres y hombres en categorías mutuamente excluyentes. El género se articula en una oposición binaria de dominación -lo cual por supuesto no significa que toda oposición binaria necesariamente implique dominación, o que toda dominación sea sinónima de patriarcalismo, aunque sí se sigue que casi todo patriarcalismo implica subyugación.

En otras palabras, en el patriarcado tardío la heterosexualidad se articula institucional y psicosocialmente como obligatoria y universal. Por eso se asienta en una dicotomía irreductible, es decir, en la oposición entre esa opción totalizante y perfecta y su «negación» horripilante e igualmente definitiva, es decir, la oposición entre el bien y el mal, entre dios y el diablo, entre heterosexualidad y homosexualidad. Asumir la *identidad* de heterosexual ha sido requisito psicosocial en Occidente. «No ser» homosexual es algo fundamental para poder ser considerado miembro del género masculino. Esta oposición sustituye la antigua oposición entre agente activo y paciente pasiva -válgame la expresión. En el patriarcado clásico, en cambio, todavía no existían, ni la heterosexual ni la homosexualidad, aunque a partir de la hegemonía del

cristianismo, se pasó a condenar la sodomía -practicada sobre mujeres, hombres, o animales. La condena de la sodomía corresponde con la centración -que tiene orígenes helenísticos- de la unidad psico-social básica en el matrimonio monogámico (patriarcal). Pero, incluso cuando los cristianos escatologizan la relación hombre-mujer como buena, y toda otra relación como mala, había una distancia entre sexo y género que hoy no existe. Como se puede observar claramente en el cristianismo católico, el macho tiene prerrogativas sexuales con todo objeto erótico, no solamente su esposa o casi que toda hembra de la especie (3).

Según Foucault,

«La homosexualidad aparece como una de las formas de la sexualidad cuando fue transpuesta de la práctica de la sodomía a una especie de androginia interior, un hermafroditismo del alma. El sodomita había sido una aberración temporal; el homosexual era ahora una especie».

II

Pongo un ejemplo para reflejar el mundo del patriarcado clásico y comprender mejor su distancia con el patriarcado tardío. Esa oposición agente-paciente, como sabemos, es un componente dialógico importantísimo en el pensamiento y la filosofía de la antigüedad (4). Está en la base del máximo desarrollo filosófico y científico que alcanzase aquel mundo, ya a partir de la segunda mitad del siglo cuarto antes de la era cristiana. Aristóteles y sus discípulos en el Liceo sentaron las bases para una expansión extraordinaria del conocimiento, incluyendo el análisis psico-social en disciplinas tan importantes como la dietética -base de la medicina de entonces-, así también como en la fisiognomía o estudio del carácter, es decir, un análisis construido sobre determinada base para tipificar y valorizar los rasgos faciales y corporales. Dentro del *corpus aristotelicum* aparecen dos fragmentos sobre fisiognomía que, aunque no fueron escritos por el mismo Aristóteles, en todo caso se fundamentan en lo que el maestro dijo en la **Historia de los animales**, relativo a que: diferencias humanas de carácter, determinadas por el género, y visibles en los rasgos faciales, se parecen a diferencias de carácter igualmente determinadas por el género, pero que se dan entre los animales, igualmente en rasgos faciales.

Esta tradición ha llegado fragmentariamente a nosotros, en autores como Loxos y sobre todo Polemón, quien habría escrito su compendio ya en la época imperial romana. Pues bien, según este Polemón,

«Es posible obtener indicaciones fisiognómicas de masculinidad y femineidad, a partir de la forma como el sujeto mire, se mueva, articule su voz; y luego, a partir de estos signos, (hay que proceder a) comparar unos con otros, hasta que se pueda determinar satisfactoriamente cuál de los dos sexos prevalece. Pues en el masculino se encuentra algo femenino, y en el femenino algo masculino, y el

nombre "masculino" o "femenino" se asigna según cuál de los dos predomine». (2, 1.192F -Forster).

De este texto se desprende, de manera clara, que en la antigüedad helénico-romana se concebían «tipos» de masculinidad y de femineidad que no se fundamentaban en, o que no correspondían con, el sexo anatómico de la persona en cuestión. Esto contrasta con la «tipología» propia del patriarcado tardío actual, en la que la ortodoxia excluyente considera a la humanidad como naturalmente dividida en dos tipos genéricos, el sexo masculino y el sexo femenino, en un reduccionismo biológico y psicológico. Esta conceptualización queda perfectamente representada, por ejemplo, en la noción de «fijación de objeto sexual» según Freud, que pasaría por varias etapas (correspondientes a diferentes zonas erógenas), pero que en el adulto «normal» se concentraría exclusivamente en la genitalidad heterosexual (5).

Por contraste, el médico Hipócrates, sobre la base de antecedentes que podríamos encontrar en los sabios-científicos jónicos milesios y efesinos de entre los siglos VIII y V adne, postulaba en su embriología mezclas de semilla masculina y femenina, en proporciones variables. Por eso el género no era absoluto sino que variaba de acuerdo con el tipo de semilla que predominase (Hipócrates, **Sobre la generación** 6, 7.479 -Littre). El otro gran médico de la antigüedad, Galeno, indica por su parte que en una persona predominará el género masculino o el género femenino, independientemente de su sexo, según el cuadrante del útero donde la semilla se hubiese asentado (Galeno, **Sobre el uso de las partes**, 4.171-72 -Kuhn). La masculinidad en el patriarcado clásico no estaba determinada de manera absoluta por el sexo anatómico. En el patriarcado tardío ha sucedido que todas las otras cosas o ámbitos de dominación (poder económico-político-militar), que definían el género en el mundo clásico o tradicional, se encuentran en jaque, es decir, el patriarcado ha entrado en una crisis de dominación. Conforme ha venido intensificando su control hegemónico sobre la naturalezas y la historia, del mismo interior del patriarcado han surgido (1) sus límites y (2) sus enterradoras.

Sus *límites* son por supuesto los peligros ontológicos característicos de una época fundamentalmente de cristianismo apocalíptico, derivada de la doctrina sobre el fin del mundo, el juicio final y el regreso de Cristo. Los peligros ontológicos expresan la capacidad divina termonuclear y ecosocial que el patriarca ha construido para defenderse y perpetuarse (6). El Varón ha desarrollado la divina capacidad de destruir el mundo unas quinientas veces, y viene implantando un sistema tecnológico para sustituir dimensiones enteras de la naturaleza y la historia, en un proceso de eclosión contra la oikoumene que cotidiana y concretamente es sometida a un cada vez más intenso proceso de reducción de diversidad. Intolerancia y sustitución de la naturaleza por la tecnología para garantizar la continuidad del sistema global *realista y neorealista* (7). La fase de Guerra Fría que culmina el enfrentamiento entre capitalismo y socialismo exacerbó las formas conciencales en blanco y negro, excluyentes, maniqueísmos totalizantes: existe la posibilidad real de destruir el mundo por primera vez en la historia («la organización cuaternaria de la oikoumene»), y los cristianos dominan

globalmente y se encuentran en fase apocalíptica. Durante la Guerra Fría predominó el *homo homini lupus est*, y un realismo basado en la confrontación y la dominación como inevitables. Se trata de ese realismo craso, articulado si se quiere desde y para la imagen ejemplar del pavoroso destino de los melios, en el recuento de Tucídides, cuando la democracia ateniense realiza un genocidio para garantizar y prolongar su hegemonía mediante el terror (8).

Respecto a las mujeres como enterradoras del patriarcado, de entre lo mucho que hay que estudiar señalo dos aspectos. Uno es el problema que para el patriarcado, la «modernidad», la Revolución Industrial, el hegemonismo británico bajo la reina Victoria y el paralelo surgimiento de la tecnología *strictu sensu*, sientan las bases para un mayor poder económico de la mujer en Europa y USA, y a partir de las guerras mundiales, y las revoluciones y guerras de liberación, esa participación alcanza todo el planeta. La necesaria y tradicional tarea de cooptar estas nuevas mujeres, agentes y vectores de poder, trastoca una serie de dimensiones económicas, sociales, políticas, e ideológicas, adscritas a funciones genéricas excluyentes. Para convertir a las mujeres en las últimas defensoras del padre despótico y abusador -el otro opresor-, la sociedad patriarcal reduce la asignación de género a la dimensión sexual, anatómica, al mismo tiempo que la dimensión sexual a su vez es reducida a una exclusiva y supuestamente perfecta y normal forma, la heterosexual. La mujer es entonces no ya solamente objeto sino hiper-objeto, perfecta cosa desnuda y acuchillada o suicidada como Marilyn Monroe. Todas las otras opciones o formas de la sexualidad, así como toda otra dimensión de determinación de género, se articulan en torno a esa asignación sexual heterosexual. En segundo lugar, hay que indicar que lo importante de recalcar una y otra vez es que tal articulación del género ni es «natural», ni ha existido desde siempre, ni siquiera en el mismo patriarcado, donde sólo ha surgido en su fase de decadencia y crisis.

Es fundamental señalar que ha sido la teoría feminista desde donde se ha levantado la crítica contra el patriarcado y el heterosexismo excluyente. Por ejemplo, ya en la primera ola de teoría feminista «liberal» y «radical» en USA, a partir de los años sesentas, ya se llegó a concebir.

«...que las mujeres constituían una clase socialmente diferenciada y a la que se excluía del poder ('disempowered') sobre la base de su 'sexo', análogamente al odioso tratamiento que se da a los norteamericanos africanos sobre la base de su 'raza'». (KATZ, 1997: 114).

Ti-Grace Atkinson presenta la sociedad heterosexual como un sistema desigual impuesto culturalmente. La institución de la relación varón-hembra, para esta pensadora, tiene una estructura formal bastante simple, la cual incluye clases desiguales definidas sexualmente, que restringen el desarrollo de las mujeres. Opina que la premisa de la opresión masculina es la dinámica de la relación sexual, que se basa en que esa opresión y que concibe al ser humano primordialmente como un ser sexuado. Propone una sociedad donde la sexualidad no tenga función social, y donde la

reproducción no requiera el 'esfuerzo cooperativo' entre hembras y varones. Las relaciones sexuales serían determinadas individualmente y no tendrían patrones sociales. Después de esta revolución necesitaríamos un nuevo vocabulario y nuevos conceptos que representen nuestros nuevos placeres. Su análisis se basa en el proceso histórico por el que el orgasmo vaginal heterosexual fue impuesto a las mujeres como la manera propia de alcanzar placer. Por las críticas lanzadas contra la desigualdad desde el feminismo, ya a finales del siglo XIX, y debido a la creciente independencia económica de las mujeres, Atkinson sostiene que la teoría del orgasmo vaginal fue construida pro Freud y utilizada para obligar a que las mujeres continuasen su participación en el coito heterosexual y en la reproducción. La división de los seres humanos entre femeninos y masculinos tiene su fundamento en una desigual división sexual del trabajo: las mujeres reproducen la especie, los hombres hacen todo lo demás. Atkinson sostiene, en fin, que las mujeres son una clase oprimida. Por eso deben convertirse en las enterradoras, no solamente de la clase de los hombres, sino también de su propia clase. La liberación de las mujeres requiere la abolición de las «mujeres» y los «hombres» como categorías sociales significativas. Esto sería el fin, tanto de los roles sexuales como de las distinciones sexuales (de género).

Otra contribuyente a la teoría feminista, Margaret Small, sostenía que la hegemonía heterosexual sirve para garantizar que la gente piense como natural que macho y hembra formen una unidad sexual/reproductiva de por vida, en la que la hembra pertenece al macho. La hegemonía heterosexual asegura que la gente ni siquiera pueda percibir que podrían haber otras posibilidades. Si usted lo que busca es tener un bebé, indica Small, entonces allí puede darse una relación heterosexual. Pero si desarrollamos otras formas de tener bebés, entonces lo que sea la heterosexualidad es algo que resulta irrelevante.

Finalmente, menciono a la muy conocida entre nosotros Adrienne Rich, quien en 1980 se propuso estudiar la institucionalidad heterosexual, la ideología heterosexual, la política y la propaganda cultural heterosexual. Rich discute diversas formas sociales por las que la heterosexualidad es impuesta a la gente. En un tal contexto histórico y psicosocial, la heterosexualidad no resulta de una «escogencia» (choice) o de una «preferencia». Lo que existe es más bien una «heterosexualidad compulsiva», que aquí he llamado heterosexismo. El principal problema de las mujeres según establezca divisiones entre heterosexualidad y homosexualidad es compulsiva. Los/as historiadores/as deben preguntarse a cada momento cómo la heterosexualidad en tanto institución ha sido organizada y sostenida.

III

EL constructivismo histórico que está en la base de nuestro análisis hasta aquí, corresponde con un neoidealismo, y es producido por las corrientes de pensamiento orientadas a superar el heterosexismo y la dicotomía del patriarcado tardío, tarea en la que tendríamos que emplear nuestros recursos y habilidades, en un programa de docencia y de investigación de nivel de especialidad de maestría, el cual, igualmente, quisiéramos que empiece aquí, en este seminario (9).



Veamos un poco más de cerca el surgimiento de la dicotomía del patriarcado tardío. Los términos «homosexual» y «homosexualidad» aparecieron impresos por primera vez en dos folletos anónimos publicados en Leipzig en 1869 -escritos por Karl María Kertbeny. Los términos «heterosexual» y «heterosexualidad» aparecieron después, hacia 1882, y con un significado completamente diferente del que tiene ahora:

«La heterosexualidad no se equiparaba a sexo normal, sino con perversión -una tradición definicional que perduró en la cultura de la clase media (de USA) hasta los 1920s... Estos heterosexuales eran asociados con una condición mental, el 'hermafroditismo psíquico'. Este síndrome asumía que los sentimientos tenían sexo biológico. Los heterosexuales experimentaban la llamada atracción masculina por las hembras y la llamada atracción erótica por los machos... Estos heterosexuales 'periódicamente sentían inclinación por los dos sexos'. Lo "hetero" en estos heterosexuales no se refería a su interés en un sexo diferente, sino a su deseo por dos sexos diferentes». (KATZ, 1995: 19-20).

A la altura de 1907 y 1908, sin embargo, el término heterosexualidad, tanto como el de homosexualidad, aparecía en libros de texto y en léxicos y, lo que tal vez más relevante, la cristalización del género en heterosexualidad y homosexualidad se da en estos años en importante medida por el impacto del fanatismo imperialista-nacionalista guerrillero que azota los principales centros metropolitanos europeos -por ejemplo el llamado «caso Ehulenburg» en Alemania del II Reich o el juicio contra Wilde en Inglaterra.

David Halperin sostiene entonces que,

«El aislamiento conceptual de la sexualidad per se, de cuestiones de masculinidad y femineidad, hizo posible una nueva taxonomía de los comportamientos sexuales y psicológicos, totalmente sobre la base del sexo anatómico de las personas involucradas en un acto sexual (mismo sexo vrs. sexo diferente). Consecuentemente obliteró una serie de distinciones que tradicionalmente habían operado en discursos previos sobre los contactos sexuales con el mismo sexo, y que radicalmente habían establecido diferencias entre participantes activos o pasivos, normales de anormadas..., (diferencias en) roles sexuales, estilos masculino o femenino, y pederastia de lesbianismo. Todos estos comportamientos ahora se clasificaban juntos y colocados bajo la misma etiqueta. La identidad sexual fue así polarizada en torno a una oposición central definida como el juego binario de la igualdad y la diferencia en los sexos y en los participantes sexuales; de allí en adelante las gentes pertenecían a una o a otra de estas categorías exclusivas... Fundada en fenómenos del comportamiento de carácter positivo y comprobable -respecto a datos sobre quién tenía sexo con quién-, la nueva taxonomía sexual podía reclamar ser descriptiva y tener validez trans-histórica. De esta manera cruzó el umbral de la cientificidad y fue entronizada como concepto de trabajo en las ciencias sociales». (HALPERIN, 1989:39).

Marcuse, como sabemos, conceptualizó la unidimensionalidad de la civilización y la cultura occidental y destacó la represión adicional (surplus repression) necesaria para mantener al sistema heterosexista del patriarcado decadente como hegemónico. Esta represión adicional necesaria para el patriarcado tardío es un condicionante de violencia extrema en la estructuración y la dinámica psicosocial. Por tanto, la estética actual se centra en la hiper-objetivización de la mujer y en el asesinato como centro de la sensibilidad.

El trabajo de desconstrucción de todas estas categorías que todavía definen el género, y la construcción de alternativas conceptuales, es tarea que corresponde al estudio de la filosofía del género. Estos análisis vienen siendo desarrollados desde la teoría feminista. Así, Johnatan N. Katz indica que,

«Las/os feministas recientemente nos han enseñado que la anatomía sexual no determina nuestros destinos de género, nuestras femeneidades y masculinidades. Ahora, el análisis de la historia heterosexual y homosexual sugiere una ulterior liberación: la biología tampoco determina nuestros destinos eróticos». (KATZ, 1997: 190).

El heterosexismo y su subyacente dicotomía del género en el patriarcado tardío por supuesto solamente pueden ser enfrentados y superados mediante comportamientos sociales -incluyendo los sexuales- alternativos. Y mediante correspondientes nuevas formas de concebir «el género». Una tal alternativa podría estar en una erótica que sustituya la «sexología» y que se organice por seis en vez de por una sola relación sexual-social -es decir, la heterosexual en tensión con su negación homosexual. La noción de erótica es mucho más rica y compleja que la de sexualidad, pues incluye los placeres de la mesa, del deporte, del arte y de la fiesta.

Podríamos utilizar parcialmente la base sexual que todavía predomina, y obtendríamos una primera pareja conceptual compuesta por asignación sexual de género, y utilizaríamos los términos andro y gineco para referirnos a varón o hembra, respectivamente. A esta pareja le agregamos un componente social universal, que nos permite incluir el ser humano genérico, y que se puede denominar el componente *antropo* -que se posibilita desde una erótica pero no desde una sexualidad. Una tercer componente conceptual estaría integrada por la pareja deseo y no-deseo, que llamaríamos respectivamente *filia* y *fobia*, y que incluso se podrían colocar en una escala, como hizo (en otros trabajos) Freud, o como hiciera Kinsey con tanto éxito. Combinando todos estos los sujetos y tendencias del eros, obtendríamos una serie de seis posibilidades resultantes, a saber:

- a- antropofilia y antropofobia,
- b- ginecofilia y ginecofobia, y
- c- androfilia y androfobia.

Un ser humano podría tener diferentes mezclas de estas seis «tendencias de

articulación genérica». En mi próxima intervención durante ese seminario discutiré esto, pues este es el momento justo de terminar hoy, recalcando la importancia de pensar la supremacía heterosexual y la dicotomía heterosexual-homosexual.

Muchas gracias.



NOTAS

1. Animales tales como ciertos grupos de chimpancés o ciertas hormigas o aves, utilizan instrumentos. El ser humano desarrolla esta tendencia manipulando las cosas para construirse entornos sustitutivos de los naturales. La técnica de esa capacidad de saber hacer algo (un tornillo, una casa, un sembradío, una espada), aunque no se conozcan los principios científicos sobre los que teóricamente se fundamenta ese «saber hacer». La técnica puede ser codificada sistemáticamente. Utilizo el concepto de «tecnología» para referirme a la técnica explícitamente fundada en el conocimiento científico. La tecnología desde esta conceptualización es un producto muy reciente, propiciado por las revoluciones científica e industrial de la modernidad «occidental», particularmente a partir de la emergencia de la física matemática newtoniana y luego las industrias eléctrica y química, éstas ya durante el último tercio del siglo XIX. A partir explícitamente de la Segunda Guerra Mundial y con el surgimiento del paradigma tecnoeconómico centrado en la información, el control de las variables científico-tecnológicas se torna decisivo (determinante) para todos los ámbitos de la vida. El patriarcado espera que la tecnología le permita perpetuarse. El patriarcado utiliza la tecnología para reducir la ontodiversidad y sociodiversidad, hasta límites de ingeniería genética para obtener determinados tipos de humanoides.
2. Véanse por ejemplo: Dover (1978, 1988), Foucault (1984), Halperin (1990a y 1990b), Boswell *1989), Cantarella (1992).
3. Véanse Chauncey (1982-83), Weeks (1977, 1980, 1981), Winkler (1989).
4. Cf. Aristóteles, **De generatione et corruptione**, I, 6-8. Por ejemplo (I,6, 322b): «Además, tampoco es posible que ningún ser sea alterado y sea unido a otro o separado de otro sin que existan un ser paciente y un ser agente».
5. Cf. Freud (1938), Davidson (1986-1987).
6. Nos encontramos en una fase decadente del patriarcado, en lo que debería ser el último momento de esta forma de ser la humanidad. Las magnitudes de los impactos de este patriarcado tardío han superado los ámbitos locales, nacionales y regionales, para articularse a escala planetaria, universal o global -según la parla del día. Esas magnitudes han llegado a igualarse con aquellas que históricamente se asignaban a la divinidad, y que se comparan con megaprocesos naturales. He articulado esas consecuencias del impacto del patriarcado tardío en el concepto de los dos peligros ontológicos, que brevemente conviene recordar para que cumplan una función de premisa en nuestro argumento. Cf. Saxe & Brugger (1996): 51-60. «A finales del segundo milenio cristiano la humanidad enfrenta la posibilidad real, y humanamente generada, de encontrarse en el proceso terminal de la especie... Es decir, asumimos como premisa mayor y determinante lo que se sigue de los dos «peligros ontológicos» que constituyen nuestra temporalidad... La práctica in extremis de la violencia militar y de la violencia económica, como formas fundamentales para el desarrollo y la expansión del capitalismo y la democracia, ha venido a cristalizarse precisamente en los dos grandes peligros ontológicos, el termonuclear y el ecosocial... Se trata, por primera vez en la historia, de peligros ontológicos man made. Por «peligro» entendemos algo que efectivamente tiene la capacidad y la tendencia a amenazar la existencia de determinado ente, en estos dos casos para poner en jaque mate la continuidad de nuestra especie y la misma organización de la naturaleza en su forma cuaternaria... El peligro termonuclear consiste en disponer de la capacidad para destruir, aproximadamente, unas quinientas veces a cada ser humano vivo en el planeta... Por su parte, el otro peligro ontológico, el peligro ecosocial... (se refiere a que) como para alguien que tiene el vicio del tabaco y no lo puede superar, respecto al ambiente y la sociedad, todo lo que hacemos y somos se encuentra afectado por el terror de sentir como contribuimos individual, grupal y socialmente, instante a instante y día a día, a la destrucción de la naturaleza y de la sociedad humana...» (51-56).
7. «En lo que se refiere a implicaciones y proposiciones de la teoría de la política internacional (realista y neorealista)... el globalismo es: la conceptualización de una estructura sistémica internacional mundial, que se organizaría de la forma más estable posible, que es un con centro hegemónico en un entorno de actores incapaces de alterar la posición hegemónica del centro. Se sigue de aquí la disputa por quien va a ser el centro, o por lo menos quién y quiénes van a tomar decisiones y/o participar.

También se sigue de aquí que la máxima asimetría estructural entre los actores internacionales sistémicos, generaría la máxima estabilidad sistémica, que es el valor superior buscado. El mejor sistema sería aquel que solamente tiene un balancín o balanceador... Para los neorrealistas, además, la asimetría entre actores sería la mejor forma de utilizar la anarquía sistémica, de la misma manera que en el mercado capitalista un grupo relativamente pequeño de empresas bancarias establece reglas, y controla, la dinámica productiva e interactiva de miles de millones de individuos que viven de un salario o de actividades gestionarias pequeñas o medianas». (Saxe & Brugger, 1996: 80-81). Para el desarrollo de las posturas teóricas que he llamado «neoidealistas». Véase Saxe (1995).

8. La discusión de la matanza de los meliso por parte de los atenienses es un locus communis básico para la formulación de un realismo reduccionista o craso en teoría política internacional.
9. Este seminario sobre filosofía del género abre un importante capítulo en el desarrollo del pensamiento y la cultura costarricenses. Es la primera oportunidad en que se aborda el tema y, espero, es aquí donde la problemática filosófica del género será considerada libre de las estrechas ataduras concien- ciales características de la dicotomía del patriarcado tardío.

No es casual que esta problemática sea abordada en el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Costa Rica, porque desde nuestro origen, consistentemente hemos buscado desarrollar pensamiento alternativo y problematización de asuntos que la conciencia social costarricense, latinoamericana y mundial, busca ocultarse a sí misma. Porque, aunque no sea grato a las orejas ticas, es necesario destacar una tradición dominante en la historia social costarricense. Una historia de represión e intolerancia ideológica y religiosa. Una tradición que suprime voces alternativas y opciones humanas y sociales no incorporadas, o bien simplemente prohibidas, en convenciones conservadoras y provincianas que dominan la mentalidad costarricense. Este rasgo indeseable ha venido reforzándose y amplificándose con la exacerbación mórbida que adquiere el patriarcado en su fase tardía, es decir, cuando las estructuraciones psico-sociales de dominación machista agotan su capacidad para reprimir, contener o reducir las tendencias hacia el cambio, articuladas con particular pertinencia desde los procesos de liberación de la mujer y los correspondientes movimientos feministas. Por eso la filosofía del género como problema surge del desarrollo de la teoría feminista.

REFERENCIAS

- Aristóteles, *Opera*. -Bekker-, Berlín: 1831.
- Atkinson, T-G. *Amazona Odyssey*. New York: Links Books, 1974.
- Bech, H. *When Men Meet. Homosexuality and Modernity*. Chicago: **The University of Chicago Press, 1997.**
- Boswell, J. *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality: Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*. Chicago: 1980.
- «Revolutions, Universals, and Sexual Categories». En M. Duberman et al. (eds.). **Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past**. New York: Meridian Books *1989): 17-36.
- Buttler, J. «Imitation and Gender». En D. Morton (ed.). **The Material Queer. A LesBiGay Cultural Studies Reader**. Boulder: Westview Press, 1996.
- Cantarella, E. *Bisexuality in the Ancient World*. New Haven & London, Yale University Press: 1992.
- Chauncey, G. «From Sexual Inversion to Homosexuality: Medicine and the Changing Conceptualization of Female Deviance». *Salmagundi*, N. 58 (1982-1983): 114-146.
- Cherniss, H. *Aristotle's Criticism of Presocratic Philosophy*. New York: Octagon Books, 1971.
- Cooper, E. *The Sexual Perspective, Homosexuality and Art in the Last 100 Years in the West*. 2a. Ed. London & New York, Routledge, 1994.
- *Fully Exposed. The Male Nude in Photography*. London & New York, Routledge: 1995.
- Davidson, A.I. «How to do the History of Psychoanalysis: A Reading of Freud's Three Essays on the Theory of Psychoanalysis». En Metzler, F. (ed.) **The Trial (s) of Psychoanalysis, Critical Inquiry** N. 13, (1986-1987): 252-271.
- Dover, K. *Greek Homosexuality*. London, 1978 (New York, 1985).
- «Greek Homosexuality and Initiation». *Collected Papers*, Vol. II. Oxford: (1988): 115-134.
- Dynes, W. *Homolexis: A Historical and Cultural Lexicon of Homosexuality*. New York: Gay Academic Union, 1985.
- Forster, R. (ed.). *Scriptores Physiognomical Graeci et Latini*. 2 vols., Leipzig: 1893.
- Foucault, M. *L'usage des plaisirs*. París, Editions Gallimard, 1984.
- Freud, S. «Three Contributions to the Theory of Sex». **The Basic Writings of Sigmund Freud**. New York: The Modern Libray, 1938.
- Hasperin, D.M. «Sex Before Sexuality: Pederasty, Politics, and Power in Classical Athens». En M. Duberman et al. (eds.). **Hidden from history: Reclaiming the Gay and Lesbian Past**. New York: Meridian Books (1990a): 37-53.
- **One Hundred Years of Homosexuality and Other Essays on Greek Love**. New York: Routledge, 1990b.
- Herzer, M. «Kertbeny and the Nameless Love». **Journal of Homosexuality**. Vol. 12, N.1 (1985): 1-26.
- Katz, J.N. *The Invention of Heterosexuality*. New York: Plume Books, 1995.
- Kuhn, C.G. (ed.). *Claudii Galeni Opera Omnis*. 20 vols, Leipzig: 1833.
- Littre, E. (ed.). *Oeuvres completes d'Hippocrate*. 10 vols, París: 1829-1861.
- Llamas, R. «La reconstrucción del cuerpo homosexual en los tiempos del SIDA». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N. 58 (Octubre-Diciembre 1994): 141-171.
- Padgug, R. «Sexual Matters: Rethinking Sexuality in History». **Radical History Review**, N. 20 (Spring-Summer 1979): 3-23.
- Saxe Fernández, E & Brugger, C. *El Globalismo democrático neoliberal y la crisis latinoamericana*. Heredia, Cuadernos Prometeo, N. 15, 1996.
- Schutte, O. *Cultural Identity and Social Liberation in Latin American Thought*. Albany, State University of New York Press: 1993.
- Weeks, J. *Coming Out: Homosexual Politics in Britain, from the Nineteenth Century to the Present*. London: Quartet, 1977.
- «Capitalism and the Organization of Sex». En Gay Left Collective (eds.). **Homosexuality: Power and Politics**. London: Allison & Busby, (1980): 11-20.

- Weeks, J. «Discourse, Desire and Sexual Deviance: Some Problems in a History of Homosexuality». En Plummer, K. (ed.). **The Making of the Modern Homosexual**. London: Hutchison, (1981): 76-111.
- Winkler, J.J. **The Constraints of Desire: The Anthropology of Sex and Gender in Ancient Greece**. New York, 1989.

